

Miguel Vargas, presidente de SJELAC

Consejo de la Internacional Socialista, Noviembre de 2013, Estambul, Turquía

Cómo reforzar nuestro objetivo, en tanto fuerza de centro izquierda, con respecto a la economía global, con énfasis en el crecimiento, empleo y la igualdad, y en una nueva agenda para el desarrollo.

El objetivo

El establecimiento de gobiernos que impulsen el desarrollo sostenible con equidad es el gran desafío que recorre hoy por países de todas las regiones del Planeta, especialmente aquellos que como América Latina y el Caribe se encuentran rezagados en sus afanes por convertirse en sociedades del primer mundo.

Ya en la Sexta Reunión Anual del Presidium, en septiembre en Nueva York, adelantamos algunos criterios y propuestas sobre cómo reforzar nuestros objetivos enfatizando en el crecimiento, empleo e igualdad, como parte de una nueva agenda para el desarrollo.

Hoy insistimos en que las claves para lograr el desarrollo sostenible con equidad pasan por hacer reformas fundamentales en los partidos políticos y el Estado. Los socialdemócratas estamos en oportunidad de colocarnos a la vanguardia de esas reformas.

Los partidos políticos han estado sometidos a un intenso proceso de desgaste desde finales del siglo XX y comienzos del XXI. El mundo ha cambiado de manera vertiginosa y los partidos no se han adaptado a igual velocidad. Hasta hace pocas décadas eran los centros de información y reunión de amplios sectores ciudadanos; eran la guía para sociedades sumidas en el abandono y el atraso; funcionaban como eficaces instrumentos para conquistar la democracia y mantener elecciones periódicas, lo que en el contexto de países sometidos a largas tiranías constituía un éxito que no se podía arriesgar.

El mundo ha cambiado y los ciudadanos tienen un mayor nivel de conciencia política, poseen instrumentos diversos de participación que no sólo les bridan los partidos, viven

inmersos en complejas y sofisticadas redes de comunicación e información, y en la mayoría de los países demandan mucho más que votar en elecciones.

Los partidos no han evolucionado a similar velocidad, y con frecuencia se han desdibujado, porque convertidos en máquinas electorales han estado asediados por el personalismo y el clientelismo, se han desviado de sus fuentes de inspiración, y se han visto perdidos en el drama que significa dirigir sociedades en que prevalecen la pobreza, exclusión y desigualdad. En ese panorama de desencuentros y desesperanza, los partidos han diluido y, no pocas veces, perdido sus objetivos.

En lo que compete a nosotros podemos afirmar que los partidos socialdemócratas deben ser inspiradores y fuertes, capaces de liderar gobiernos que promuevan el desarrollo con equidad, al tiempo de modernizar las respectivas sociedades, con objetivos renovados y definidos.

Estos objetivos deben ser anclados y actualizados en los valores y principios que han inspirado la socialdemocracia a lo largo del siglo XX, con partidos situados al frente de la renovación de las sociedades, para hacerlas más contemporáneas y desarrolladas, concibiendo e implementando los cambios con la mirada puesta en la superación del ser humano, lo que significa una permanente batalla por la justicia social.

La socialdemocracia entiende que la democracia, el desarrollo sustentable, la equidad y la inclusión, la eliminación de la pobreza, el empleo digno y el salario decente, son luchas que no tienen fin; no sólo porque cada vez hay nuevas dimensiones en el desarrollo del ser humano sino también porque la propia marcha de las sociedades, sus éxitos, crean involuntariamente fuentes de desigualdad e injusticia social. La socialdemocracia tiene que estar allí en forma permanente, para consolidar los logros sociales y para prevenir las regresiones que siempre amenazan.

Sin valores y principios los partidos se pierden en la niebla de los conflictos y de las fulminantes transformaciones de la sociedad contemporánea.

Partidos competentes

Nuestros partidos tienen que poseer esos principios y valores, pero tienen que ser instrumentos apropiados para mantenerlos y lograr los objetivos que se desprenden de ellos. Para hacerlo tienen que transformarse hacia adentro y en su relación con la sociedad. Para convertirse en uno de los ejes fundamentales de promoción del cambio, tienen que abrirse a sectores tradicionalmente alejados de la vida política partidista; promover la participación de los jóvenes, mujeres, indígenas, grupos sexo-diversos, y otros sectores tradicionalmente excluidos o no incluidos de modo integral en la vida política.

Están obligados a auspiciar el debate ideológico, en particular sobre los temas del Estado, la pobreza, la cooperación internacional, y la lucha contra flagelos como el crimen organizado, el narcotráfico, la trata de personas, la explotación del trabajo infantil, entre otros. Los partidos deben ser factores activos en la promoción de la transparencia y en la lucha contra la corrupción, uno de los principales factores que minan la credibilidad en la política y en los políticos.

También deben mirar hacia sus estructuras para impulsar la democratización interna. De este modo pueden evitarse cargos vitalicios, y promoverse el ascenso de nuevas generaciones dirigentes. Pero no basta inspirar a los jóvenes para que integren los partidos y se vuelvan a interesar por la política sino que es necesario estimular su formación a través de escuelas de cuadros, intercambios internacionales entre organizaciones hermanas y otras experiencias.

Abrirse hacia la sociedad requiere desarrollar alianzas con sectores y fuerzas que vayan más allá de las coyunturas electorales. Saltar hacia el desarrollo sostenible y la justicia social no es una empresa de un partido ni de un gobierno: es una empresa de toda la sociedad y, más aún, de varias sociedades entrelazadas en el marco de la globalización. En América Latina, por ejemplo, la socialdemocracia debe encabezar lo que he llamado las grandes alianzas o acuerdos en cada país para abordar los acuciantes problemas de la región que habían sido oscurecidos por el benéfico boom económico de la primera década de este siglo.

En la actualidad el Partido Revolucionario Dominicano articula el Bloque de la Esperanza, una coalición de la que ya forman parte otros tres partidos y trabajamos para incorporar a

más organizaciones políticas, movimientos sociales y personalidades para participar unidos en el próximo certamen electoral.

Esas grandes alianzas deben construirse a través de consultas y participación de la ciudadanía, para lo cual los partidos políticos son indispensables, pero deben incluir a todos los sectores, sin sectarismos ni exclusiones.

En ese sentido el PRD ha dado inicio a una Consulta Programática dirigida a conectarnos mejor con los sectores políticos y sociales pasibles de comprometerse con los cambios, conocer de primera mano sus necesidades y aspiraciones para formular el nuevo proyecto de nación que presentaremos al electorado en las elecciones de mayo de 2016.

Los desafíos

La mayoría de los países de América Latina y el Caribe enfrenta barreras importantes para sostener e incrementar su crecimiento y consolidar los avances logrados. Después de la década perdida de los 80, la región aprendió la necesidad de mantener prudentes políticas macroeconómicas. Sin embargo, existe un problema notable, expresado en que siguen existiendo millones de pobres y una inmensa desigualdad; se ha avanzado, pero no lo necesario. El crecimiento tan moderado de la mayoría de nuestros países no es suficiente para dar un salto definitivo al Primer Mundo.

Las instituciones públicas son débiles y presentan democracias aún en proceso de consolidación, junto con sistemas tributarios y fiscales deficientes. Las culturas rentistas y exageradamente estatistas coexisten con las que buscan el desarrollo sostenible y la productividad. El nuevo modelo no se ha consolidado en la conciencia y ética del trabajo de los ciudadanos de la región y, hay que decirlo, tampoco en sus líderes.

En este sentido la conducción política, económica e intelectual de la región se ve enfrentada al siguiente dilema: seguir creciendo en forma mediocre o realizar los grandes cambios requeridos para llegar a ser países desarrollados..

El cambio central: la reforma del Estado

Durante mucho tiempo se pensó que bastaba cambiar las políticas públicas para obtener los resultados deseados. Sin embargo, la experiencia ha mostrado que muchas veces buenas políticas públicas (y buenos deseos) no bastan, porque el Estado desde el cual se

formulan, implementan, controlan y evalúan, no tiene adecuadas capacidades para desarrollar aquellas políticas.

Se hace imprescindible diseñar y promover la reforma del Estado para hacerlo más eficiente y, al mismo tiempo, más democrático. Más eficiente para tener capacidad de responder a las demandas ciudadanas y a lo que son sus deberes; más democrático para tener capacidad de escuchar esas demandas, de procesarlas y propiciar la participación ciudadana.

La reforma del Estado implica una redistribución del poder en la sociedad. Propicia un mayor poder para la provincia en relación con las ciudades capitales y también propicia un mayor poder para los ciudadanos en relación con las élites dominantes. Es un instrumento para hacer las sociedades más equitativas y democráticas.

La reforma del Estado no es un proceso fundamentalmente legal o tecnocrático. Es una dinámica de redistribución del poder en la sociedad que se expresa en las transformaciones que las instituciones del poder público, nacional, regional, municipal y local, deben experimentar. Es una transformación de arriba abajo que produce circulación de información, valores compartidos, redes de relación, que permitan el control ciudadano y la transparencia.

La reforma del Estado es también la reforma de la sociedad porque implica acercar el Estado al ciudadano y potenciar el poder que éste debe tener y ejercer. Una visión integral de esta naturaleza implica una movilización muy amplia de fuerzas políticas y sociales para vencer las resistencias tradicionales, superar el conformismo y exigir a quienes obtienen exagerados beneficios de una situación de desigualdad e injusticia social.

Nuestra lucha es para el desarrollo sostenible, el empleo digno y la justicia social

La transformación del Estado y de la sociedad requiere abordar el problema de la equidad sin ambigüedades. Los objetivos de creación de empleo de calidad, capacitación y formación, sólo pueden ser alcanzados por un Estado ágil e inteligente, producto de la reforma que planteamos, en combinación con una sociedad civil dispuesta a la participación organizada. Para que exista un proceso de participación ciudadana tienen que haber fuerzas políticas que las estimulen y contribuyan a su movilización. En este sentido el papel de la socialdemocracia es crucial.

He insistido en el tema de la reforma del Estado porque no basta con buenas intenciones ni diseños de políticas públicas adecuados; muchas veces se tienen los diseños más avanzados pero se quedan a medio camino, se distorsionan o producen efectos contrarios a los buscados. Estos resultados indeseados pueden ocurrir por muchas razones, pero una de las fundamentales es que se conciben y ejecutan esas políticas públicas desde estructuras e instituciones que no son aptas para adelantarlas con propiedad, desde Estados envejecidos y desadaptados respecto de las nuevas realidades a las que se enfrentan. Uno de los ejemplos institucionales más resaltantes en la región que represento es que las presidencias de la República, autoritarias y caudillistas, o democráticas apenas en las formalidades, son estructuras del siglo XIX para sociedades del siglo XXI.

Centro de Pensamiento de América Latina y el Caribe

En la reunión de Nueva York en septiembre pasado, propuse crear un Centro de Pensamiento de América Latina y el Caribe. Renuevo aquí mi propuesta no sin antes decir que la hago con la idea de que pueda ser parte de una red mundial, con diversos centros en diferentes regiones del mundo, para investigar sobre los temas más importantes que nos preocupan, para diseñar propuestas y, sobre todo, para crear una posibilidad de intercambio que hasta el presente no existe.

El objetivo es generar una nueva agenda para el desarrollo de la región, mediante la incorporación de intelectuales y políticos que tengan el interés y la posibilidad de participar. Me parece de la máxima importancia y añadiría urgencia, a una empresa de este carácter, abierta a diferentes corrientes de pensamiento pero con principios y objetivos muy precisos y definidos, como los que aquí en el día de hoy he expuesto.

Estambul, Turquía, Noviembre 2013.